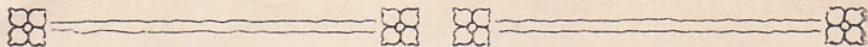


DISCURSO DEL

Dr. :: MANUEL :: GARCIA :: REINOSO

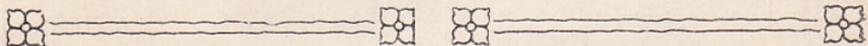
PRONUNCIADO EN EL
COLEGIO "DON BOSCO"
DE SAN NICOLAS DE LOS
ARROYOS, EL DIA 6 DE
Diciembre
NOVIEMBRE DE 1918 CON
MOTIVO DE COLOCARSE
UNA PLACA EN MEMO-
:: :: :: RIA DEL :: :: ::

Rmo. Mons. JOSE FAGNANO



RVMO. MONSEÑOR JOSE FAGNANO

† el 16 de Septiembre de 1916.



DISCURSO DEL

Dr. :: MANUEL :: GARCIA :: REINOSO

PRONUNCIADO EN EL
COLEGIO "DON BOSCO"
DE SAN NICOLAS DE LOS
ARROYOS, EL DIA 6 DE
NOVIEMBRE DE 1918 CON
MOTIVO DE COLOCARSE
UNA PLACA EN MEMO-
RIA DEL

Rmo. Mons. JOSE FAGNANO

DISCURSO

DEL

Dr. Manuel García Reinoso

Ilustrísimo Señor:

Señoras y señores:

El sentimiento de la gratitud, que, como lámpara votiva perennemente encendida, debemos guardar en el corazón hacia aquellos que orientaron nuestras primeras manifestaciones de vida intelectual, reúne espiritualmente en este acto, — ya que no podría serlo en presencia, a través de tantos años, — a todos los que iniciaron su carrera en las aulas del Colegio San Nicolás, para deponer ante la efigie de su primer Director, el R. P. Fagnano, el homenaje de su profundo afecto y reconocimiento, humilde en su expresión plástica, pero que deseamos perdure en todas las generaciones de estudiantes de esta benemérita casa, — sucesora de aquel colegio, — como el mármol y el bronce de que está hecha la placa destinada a reavivar la memoria de aquella gran figura de educacionista, de misionero lleno de caridad y abnegación, de civilizador y de amparo providencial de las desamparadas y

perseguidas razas aborígenes del extremo Sur de la República.

El antiguo «Colegio San Nicolás» fué debido a la iniciativa de algunos hombres prestigiosos, y particularmente al ilustrado y respetable vecino Don José Francisco Benítez y al inolvidable párroco y Vicario Foráneo Dr. Ceccarelli, fundador del Lazareto y del Asilo de Huérfanas, que querían dotar a la ciudad de una escuela de estudios secundarios. Facilitado el terreno por el gobierno de la Provincia, echáronse los cimientos de la obra, y en brevísimo tiempo apareció sobre las barrancas del Paraná la majestuosa silueta del Colegio, con sus amplios dormitorios y salones para aulas, sus grandes patios para gimnasio, su extensa huerta para frutas y verduras, y su hermosa capilla, costeada íntegramente por el peculio particular del señor Benítez.

Establecido que la Congregación Salesiana se hiciera cargo del Colegio, el 18 de Diciembre de 1875 desembarcaban en nuestro puerto cuatro sacerdotes de aquella orden. Eran ellos el P. José Fagnano, designado para dirigir el naciente establecimiento; el P. Valentín Cassini, Domingo Tomatis y Juan Allavena. El 1° de Febrero de 1876 tomaron posesión de la casa y el 1° de Marzo se dió principio a las clases, para no perder un solo día del año escolar.

Director y profesores se pusieron con ardor a la augusta obra de la enseñanza; los alumnos afluían presurosos de todas partes, como si por largo tiempo hubieran estado esperando este pan de vida espiritual que les ofrecía la

previsión y el patriotismo de aquellos hombres beneméritos que crearon el Colegio. Pronto no hubo espacio para un alumno más; y entonces el Director, movido por ese espíritu de empresa que caracterizó siempre su acción admirable, se propuso ensanchar considerablemente el edificio; y en el mes de Noviembre de aquel primer año, — que con razón podía considerarse sólo de ensayo, — ya se había construido toda la parte alta, formando una gran galería interior. Desgraciadamente, una noche de aquel mismo mes, en las horas próximas al amanecer, y mientras todos se hallaban entregados al reposo, sintióse un formidable estrépito, como la sacudida y el estruendo de un terremoto: casi todo el piso alto sobre la galería habíase desplomado!... La alarma y la confusión que se produjeron en seguida fueron grandes: el peligro de una inmensa catástrofe, de aquellas que consternan a toda una sociedad, había sido inminente; pero, nadie, ni profesores ni alumnos sufrieron el más leve daño.

El contratiempo era enorme, en verdad, por la dificultad de conseguir nuevos fondos para recomenzar la fábrica; pero el Director no vaciló un momento, al día siguiente hizo derribar todo lo que no ofrecía suficiente seguridad, y dió principio a la reconstrucción con mayor solidez y redoblados bríos, hasta dejar la obra completamente terminada.

Su entereza y su energía ante un obstáculo que pareciera insuperable, fueron ejemplo altamente educativo para todos los de la casa.

El Colegio progresó tan rápidamente en

el orden intelectual y moral, como lo hacía en el orden material: la actividad estudiantil dentro de sus muros era notable; aparte de las asignaturas científicas, se enseñaba gimnasia, esgrima y música, llegando a formarse una grande y hermosa banda-orquesta dirigida por el maestro Molinari. Se dió principio con clases elementales, pero mediante una inteligente clasificación de alumnos, se pudo formar pronto el primer año preparatorio y después los subsiguientes hasta el tercero, con arreglo al plan de seis años sancionado por Sarmiento, y que fuera confeccionado por el gran educador Amadeo Jacques. Los exámenes eran públicos; médicos y letrados formaban parte de las mesas; se daban representaciones teatrales a las que concurría la mejor sociedad de San Nicolás, como lo hacía igualmente a las fiestas religiosas, las que eran celebradas con singular brillo. El Colegio llegó a ser así el niño mimado de la sociedad; todos le aportaban su simpatía y su apoyo moral y material: el señor Benítez acudía con su ayuda pecuniaria toda vez que lo exigían necesidades premiosas; el Dr. Ceccarelli solía ocupar la cátedra con elocuentes lecciones de historia o de moral; y el honrado estanciero don Benito López le asignó en usufructo un campo con hacienda, al que los paisanos del lugar llamaban pintorescamente el «Puesto de los curas».

Los alumnos que terminaban el tercer año preparatorio, — pues los siguientes nunca llegaron a establecerse, por falta de los costosos gabinetes de física y química, — se incorporaban a los colegios nacionales del Rosario o

Buenos Aires, dirigido aquél por Corona Martínez, y el último por el gran argentino don José Manuel Estrada, donde concluían el bachillerato, para ingresar a las facultades universitarias.

El Padre Director era un hombre de complexión robusta y espíritu exquisito; de alta inteligencia, vastos conocimientos generales y extraordinarias energías. Abrigaba un carácter que parecía agigantarse con las dificultades, y su corazón delicado y magnánimo esparcía por doquiera un reguero de bondades. Amable y caritativo con los humildes y menesterosos, era culto y desenvuelto con las personas de posición encumbrada. Era el mentor y el amigo de los estudiantes: con qué interés y cariño los aconsejaba siempre, y particularmente cuando algún arbolillo empezaba a torcerse...; sus reconvenciones, llenas de profundo afecto y generoso amor por el bien presente y futuro de aquéllos era inefablemente edificante; lo que él no obtuviese con su palabra llena de una sincera y franca persuasión, no lo alcanzaría de seguro la disciplina más severa. Sabía mostrarles con sabiduría y clarividencia sumas el camino que a cada uno convenía seguir, y con las solicitudes de un verdadero amigo y de un buen padre, ponía todos sus empeños para que lograsen el destino a que los creía llamados.

Sus compañeros colaboraban entusiastamente en esta gran obra eminentemente educadora: el Padre Tomatis, como prefecto de estudios y profesor de diversas materias; el Padre Allavena, como maestro eximio de his-

toria y geografía; el Padre Cassini, ecónomo, corazón lleno de bondad, conciencia recta y espíritu seráfico, para quien eran inconcebibles la malicia, la doblez o la truhanería de los traviesos, y que cuando se veía en la imprescindible necesidad de imponer alguna penitencia, era como si la sufriese él mismo. Nació con el alma mística del verdadero sacerdote; el traje talar que implica la renunciación a todas las fastuosidades de la vida, parecía ser el único que conviniese a la santidad y sencillez de su espíritu, y acaso se pueda decir de él lo que decía nuestro Obispo Esquiú de su hábito de franciscano: «Debo a este hábito el alimento del cuerpo, la luz del alma, y le debo hasta las afecciones que han calentado mi corazón. Es mi padre, es mi madre». Todos sus colegas de aquella época, memorable para nosotros, han desaparecido ya; él constituye una reliquia digna del más profundo y alto aprecio de los que fueron sus discípulos; y, por mi parte, siento la satisfacción más íntima al poder tributar en su presencia este homenaje de acendrada veneración.

Señores:

Espero que se me disculpe si por motivos harto explicables, me he detenido un tanto en estas añoranzas y recuerdos de nuestro primer colegio de estudios secundarios y de la acción descollante de su eminente Director.

Pero no fué ésta la acción más fecunda de Mons. Fagnano; la obra que reveló una personalidad propia, aquélla que perpetuará su nombre en los tiempos, está en el litoral ma-



A MONSEÑOR JOSÉ FAGNANO

PRIMER DIRECTOR DEL "COLEGIO SAN NICOLÁS"
AL INICIARSE EN EL NUEVO MUNDO

LA OBRA DE DON BOSCO

1875 - 1879

FUNDADOR DE LAS MISIONES SALESIANAS
EN LA PATAGONIA 1880

Y PREFECTO APOSTOLICO DE LA TIERRA DEL FUEGO

1885 - 1916

SABIO Y PATERNAL MENTOR DE LA JUVENTUD
Y BIENHECHOR DE LA HUMANIDAD

SUS EX-ALUMNOS Y ADMIRADORES

DEDICAN ESTE

HOMENAJE DE ETERNA GRATITUD

MCMXVII

Placa colocada en el Colegio Don Bosco — San Nicolás de los Arroyos.

rítimo argentino, desde Patagones hasta la Tierra del Fuego. Debo referirme a ella, si quiera sea a grandes rasgos.

En efecto, llamado por sus superiores a más vastas empresas, se le designó cura párroco de Patagones en 1879, acompañando entonces al General Villegas en su expedición al Río Negro, a la que prestó su valiosa cooperación para el mantenimiento del orden y de la disciplina, como lo hizo constar oficialmente aquel valiente jefe.

De regreso a Patagones, fué nombrado superior de las misiones salesianas de la región y luego intendente de la ciudad. Su actividad progresista se hizo sentir desde el primer momento: proyectó y terminó el importante edificio municipal, donde funcionan todas las oficinas públicas del partido y de la Provincia; inició las construcciones de la Iglesia, la escuela y colegio de Artes y Oficios, el hospital, el asilo, el observatorio meteorológico y la sede del vicariato apostólico; es decir, que dotó a aquella lejana y olvidada población de todos los elementos necesarios para desarrollar la cultura general y formar una gran ciudad.

De análoga manera extendió su acción al vecino pueblo de Viedma, y a algunos puertos del litoral, fundando siempre escuelas, colegios e iglesias.

En 1886 formó parte como capellán de la expedición Lista a la Tierra del Fuego, la que exploró gran parte de la región oriental de la isla, desde la bahía de San Sebastián hasta la bahía Tetis. Su acción y su consejo fueron siempre de alto valer para la mejor con-

ducción de la ardua campaña, y cuando alguna vez se vió en la necesidad de mostrar la entereza y decisión de su carácter, lo hizo sin reparar en consecuencias, levantando su voz de misionero y de apóstol en defensa de la vida de los míseros indios, que poblaban aquellas lejanas y desconocidas tierras. El jefe había mandado hacer fuego sobre un grupo de Onas, sin motivo suficiente que lo justificara; el capellán inquiera en el acto lo sucedido, y al oír los lamentos de dolor y ver a los indios derribados por las balas, se dirige resueltamente al autor de la bárbara orden. «Entonces el sacerdote Fagnano, dice un distinguido marino de nuestra armada, se convirtió en un héroe. Se acercó animosamente al jefe de la expedición, y con franca palabra le hizo conocer su delito. Nosotros temíamos por su vida, — agrega, — porque el jefe se encendía fácilmente en cólera; pero esta vez, con asombro de todos, palideció ante el sacerdote de Dios, que en medio de la soledad, así defendía a su propia grey».

Terminada la expedición Lista, el P. Fagnano se establece en Punta Arenas en 1887; funda un gran colegio y escuela de artes y oficios, iglesia, observatorio metereológico y echa las bases de un museo etnográfico fueguino, que ha llegado a ser en el presente una institución científica importantísima en su género. No hay hombre de ciencia o simple viajero que pase por allí, que no visite con el mayor interés el «Museo Salesiano».

Al hacer la exploración anterior, había observado el estado salvaje y miserable en que

se encontraban las tribus indígenas que, hambrientas y desnudas, vagaban por los bosques y las costas de la isla en incesante procura de los peces y moluscos embancados en las playas al descender la marea, o del guanaco y las aves cazadas con la flecha, que constituyen su alimento, y había exclamado ante el espectáculo conmovedor de sus necesidades y de su abandono: «Ah! cuánto desearía estar aquí rodeado de mis Hermanos salesianos, para trabajar por la conversión de estos pobres indios!».

En efecto, aquellos «pobres indios» no sólo vivían en el estado más atrasado de barbarie que pueda imaginarse, — tanto, que se les considera por ilustres escritores como el prototipo del hombre cuaternario primitivo, sin asomos de progreso, — sino que hasta eran tenidos por caníbales o antropófagos y exhibidos como tales en jaulas de hierro en una exposición europea!... Y como si tal afrenta a la verdad y a la civilización no bastaran, eran perseguidos como fieras dañinas, poniéndose su cabeza al precio de una libra esterlina por algunos pobladores blancos, que entendían defender sus ganados de tan criminal manera contra los insignificantes hurtos de aquéllos efectuaban alguna vez, acosados por el hambre y la falta de nociones propias de su condición.

Ante semejantes hechos, que sublevar los sentimientos de piedad, de conmiseración y de justicia, agitábase la noble alma apostólica de Mons. Fagnano, y sólo buscaba en su ingente falta de recursos la inspiración que le sugiriese los medios de dar forma práctica a

sus ardientes anhelos acerca de la redención de aquellos indios.

Por fin, resuelto a todos los sacrificios, y recordando acaso las palabras de Don Bosco cuando al despedir la primera misión en Turín, les dijera: «Id, pues, dispuestos a sufrir todo género de fatigas y peligros. No temáis, Dios está con vosotros», solicitó y obtuvo de los gobiernos Argentino y Chileno concesiones precarias de tierras, e inició una en pos de otra las grandes reducciones de la isla Dawson, para los indios Alakalufes, y la de Río Grande, entre los Onas, en la Tierra del Fuego. Estableció en ellas aserraderos, telares, carpinterías y otras industrias de utilidad personal y práctica, para enseñar a los indios a construir su vivienda, así como las piezas de su propio vestido. Estableció escuelas y colegios de artes y oficios, y en medio de las incipientes poblaciones, levantó la iglesia de alta torre coronada por la cruz del Redentor, cuya esquila, llamando a las pláticas del misionero, enseñaría a los neófitos indios que hay en ellos, como en todos los hombres, algo más que el animal salvaje que merodea por las selvas de su tierra nativa.

Al principio era necesario que los misioneros se internasen en los bosques en busca de los indígenas, con peligro de la vida, porque éstos, tan injusta y cruelmente tratados por los blancos, les temían y los odiaban. Pero cuando comprendieron y experimentaron los beneficios que las misiones les proporcionaban, llamaron al Padre Fagnano el «Capitán bueno», y las familias y las tribus enteras em-

pezaron a afluir espontáneamente a los centros en formación. Allí se les daba alojamiento permanente en habitaciones separadas para cada familia; se les proveía de alimentos y vestidos; a los adultos, hombres y mujeres, se les enseñaban los trabajos y oficios para que eran aptos; a los niños y niñas se les daba escuela y se les dotaba igualmente de un oficio, para que pudieran más tarde ganarse por sí mismos la vida y formar libremente una familia dentro del régimen de una sociedad civilizada.

Mediante esta acción eminentemente humanitaria, sin desconocer la que corresponde a la autoridad del Estado, la Tierra del Fuego es desde hace tiempo una región abierta a todas las iniciativas del comercio y de las industrias, con las mismas seguridades que cualquier otra región del país, habiendo desaparecido por completo, el mito espeluznante de los «indios antropófagos», que, por otra parte, sólo habían existido en la imaginación malvada de inicuos explotadores.

De esta suerte, la acción de los misioneros salesianos se ha extendido desde el Río Negro hasta el Canal de Beagle y desde el Atlántico hasta la Cordillera de los Andes, ya acompañando las expediciones militares y explorando los territorios, como Mons. Costamagna, — que enaltece con su presencia este acto, — y el R. P. Botta, Director actual de este Colegio, que, formando en la misión presidida por Mons. Espinosa, tomaron parte en la campaña del General Roca hasta Choel-Choel, abriendo desde entonces la Patagonia a las prósperas misiones de la actualidad; el P. Cagliero, hoy

eminentísimo Cardenal, que después de fundar colegios y quinta agronómica en Viedma, los que sirven también de reformatorio de menores delincuentes mediante la escuela, la religión y la enseñanza de un oficio, y de consagrar la tierra del primer cementerio indígena, a pedido del cacique Namuncurá, de terrorífica leyenda, que «quería sepultar cristiano», según su expresión, recorrió los territorios del Río Negro, Chubut y Neuquén, hasta la Cordillera de los Andes, pasando a Chile; el P. Lino Carbajal, explorador del Alto Neuquén, que ha descrito la topografía, etnografía, clima, comunicaciones y riquezas naturales de toda la Patagonia, en páginas de gran interés y exactitud (1); el P. Beauvoir, jefe inmediato de la misión de Río Grande y autor de importantes estudios filológicos acerca de las lenguas de las razas Shelknam, Yaghan y Alakaluf, que pueblan las diversas comarcas de la Tierra del Fuego (2); el P. Milanesio, que durante más de treinta años ha hecho la travesía desde Patagones y Viedma hasta el Chubut, el lago Nahuel-Huapí, Junín de los Andes y Chosmalal, desempeñando los deberes de su ministerio sacerdotal entre las tribus araucanas y tehuelches, y que ha publicado un notable es-

(1) La Patagonia, Studi Generali, 4 tomos. — S. Benigno Canavese, Scuola tipografica Salesiana. 1899 1900.

Por el alto Neuquén. — Buenos Aires, Librería salesiana del Colegio Pío IX — 1906.

(2) Los Shekman, indígenas de la Tierra del Fuego. — Sus tradiciones, costumbres y lenguas. — Buenos Aires, Librería del Colegio Pío IX. — 1915.

tudio sobre la *Etimología Araucana* de copiosísimas voces geográficas argentinas (3); el P. Garrone, fundador y médico del hospital de Viedma, al que consagró por entero los últimos veinte años de su vida, siendo su tumba rodeada por las bendiciones de todo el pueblo, testigo de su abnegación y caridad...

Y como éstos, tantos otros, que haciendo frente a las inclemencias de aquellas regiones azotadas por vientos huracanados y violentas tempestades de nieve, donde las horas de luz son breves en Invierno e interminables las noches heladas, atravesaban las dilatadas mesetas patagónicas, sus valles, sus montañas y sus ríos, estableciendo hasta en los lugares más recónditos escuelas, iglesias, hospitales y colegios de artes y oficios, para redención de los indígenas, para mejoramiento moral e intelectual de los descendientes de éstos, para que la población inmigratoria del presente y del futuro pueda encontrar a su llegada, no ya la amenaza constante del malón sangriento y del alarido estridente del salvaje desenfrenado en la matanza del «cristiano», sino el imperio de una sociedad de paz, de ley, de orden, donde cada cual pueda entregarse libremente al trabajo, seguro de recoger sus frutos y labrarse su porvenir, al amparo del derecho y de la justicia, que a su vez han es-

(3) *Etimología Araucana*. — Idiomas comparados de la Patagonia. — Lecturas y frasario araucano. — Buenos Aires, Talleres gráficos del Estado Mayor del Ejército. — 1915.

tablecido y sostienen los gobiernos de la Nación (4).

Obreros infatigables continúan hoy la gran cruzada de los ilustres fundadores, la que ha merecido ya la aprobación y las alabanzas de los presidentes argentinos Uriburu, Roca y Sáenz Peña, y del señor Pedro Montt, presidente de Chile, de hombres eminentes, como el Dr. Estanislao S. Zeballos, Amancio Alcorta, Zorrilla de San Martín; del célebre explorador Nordenskjold, y de cuantos han podido apreciarla en su extraordinaria magnitud y trascendencia, como elemento de orden, de mejoramiento y de cultura.

El nombre de Monseñor Fagnano queda tan vinculado a la transformación social de las regiones australes de nuestro país, como lo está a la transformación económica el de Piedrabuena y José Menéndez, valerosos precursores del progreso de la Patagonia. Pero su obra supera a todas por su faz moral y eminentemente humana y civilizadora. El varón fuerte, el valiente cruzado que tanto hiciera por la perfección de sus semejantes, ha

(4) Las misiones salesianas han fundado establecimientos de educación, religiosos, de beneficencia y observatorios meteorológicos desde Bahía Blanca hasta Ushuaia, en las siguientes localidades: Bahía Blanca, Fortín Mercedes, Carmen de Patagones, Viedma, Rawson, Comodoro Rivadavia, Puerto Madrin, Trelew, Santa Cruz, Gallegos, Río Grande, Ushuaia, Coronel Pringles, Conesa Sur, Choel-Choel, Boca, Neuquén, Chosmalal, Junín de los Andes y San Carlos de Bariloche, sin contar los de Punta Arenas, Dawson y otros, que se encuentran en territorio chileno.

muerto después de cuarenta años de trabajos ininterrumpidos por la redención de los indios, por la educación de los niños, por consolar en el dolor a los que sufren, por levantar el alma desde el polvo de la barbarie hasta los ideales de la inmortalidad. Al cabo de tan ruda y tan dilatada brega, sus huesos descansan al fin allá en el vasto escenario de sus grandes obras; y allá, de pie sobre peñón solitario a la orilla del mar, acariciado el pedestal por las olas espumosas, en medio de los vientos y de las tempestades de nieve, se levantará un día el monumento de granito y de bronce, que ha de perpetuar en las edades la memoria del «Capitán bueno», del misionero y del apóstol abnegado, que prodigó su vida en bien de la humanidad.

Entre tanto, sus antiguos discípulos del Colegio San Nicolás y sus admiradores, cumplen un deber sagrado al inaugurar esta placa, modesto homenaje de su adhesión y gratitud. — He dicho.



